

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Excepto aquellos en dominio público, los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

© 2024, Mar Montilla

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-53-9

Código IBIC: FA

DL: B 8.172-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Endoradisseny

Impreso en septiembre de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Mar Montilla

El secreto de Adela



Newton Compton Editores

Barcelona, 2024

*A mi lector más entusiasta, que es mi padre,
y al amor de su vida, que es mi madre*

Prólogo

Madrid, 20 de julio de 1936

Caminaba deprisa, girando la cabeza a izquierda y a derecha, con el bolso apretado debajo del brazo. El nudo en el estómago, el temor en la mirada. Hacía un calor de justicia y la fina tela del vestido negro, jaspeado de lunares blancos, se le pegaba a los muslos. Procuraba no prestar atención a las reyertas callejeras ni al silbido que algún soldado, soliviantado por el repiqueteo de sus tacones, le lanzaba desde un camión al pasar por su lado. Si veía movimientos extraños o presenciaba algún altercado, Adela los esquivaba aligerando la marcha y se retiraba lo más rápido posible.

Pero aquello era diferente. Olía a quemado.

Desde lejos vislumbró la nube gris que rasgaba el cielo. Un grupo de hombres y mujeres se congregaban frente a la iglesia, con la vista alzada, testigos de lo que allí sucedía, impotentes unos, cómplices otros, sin que nadie hiciera nada para impedirlo. Imposible continuar. Se abrió camino entre la muchedumbre hasta quedar en primera fila. El corazón le latía con fuerza. Se oyó un estallido, se persignó. La vidriera multicolor de una de las ventanas superiores saltó en pedazos y provocó una tremenda humareda negra. El gentío se echó hacia atrás. Varios milicianos entraban y salían. En la puerta, uno le entregaba objetos de valor a otro, que los metía en un saco: un cáliz, un copón, una bandeja de plata, un candelabro de oro. La camioneta que se detuvo frente a los espectadores le resul-

taba familiar. El conductor y su acompañante se apearon, entraron en la iglesia y salieron sujetando al párroco por los brazos. El hombre se resistía y lo llevaban casi a rastras. Una señora gritó y trató de acercarse a la escalinata, pero un miliciano la apuntó con su fusil. Ella frenó sus pasos. Obligaron al cura a subir a la parte de atrás del camión, donde ya había otras personas.

Adela retrocedió y se ocultó detrás de la gente. Apretó los puños. Se le crispó todo el cuerpo. El chófer arrancó el motor, esperó a que su compañera se sentara a su lado y se esfumaron.

Con lágrimas contenidas, Adela se alejó deprisa de aquel escenario sombrío. No paró de correr hasta llegar a la panadería y refugiarse en ella. Cerró con llave y se dirigió al baño. Se echó abundante agua en la cara y, al tropezar con su propia imagen en el espejo, pálida y ojerosa, se asustó. Sus ojos reflejaban miedo.

Un miedo atroz.

PRIMERA PARTE

1

Íngrid

Siempre he oído decir que el amor más incondicional y puro es el que se siente por una hija, por un hijo. Trudy también lo creía hasta que nació yo, hace veintiocho años. Jura que desde el instante en que me sostuvo por primera vez entre sus brazos supo que la teoría no era cierta. ¿En cuántas ocasiones me habrá contado lo mismo? Que la observé con mis enormes ojazos –acababa de abandonar el útero materno, ver no veía nada, pero mirar, miraba con una curiosidad infinita– y estornudé dos veces seguidas. Fue como sellar un pacto. Entre nosotras se creó un vínculo especial e irrompible que dura hasta hoy y que se mantuvo intacto incluso cuando yo interpuse un muro de miles de kilómetros entre nosotras. Muro que no dudé en derribar de inmediato en cuanto recibí aquel *email*:

De: Lucía Evans

Fecha: 15 de marzo de 2019

Para: Íngrid Queralt

Asunto: Urgente

Íngrid:

Tu abuela se ha caído y se ha roto la cadera. No espero que vengas, pero consideraba importante que lo supieras. Está ingresada, a la espera de pasar por el quirófano.

Te mantendré informada.

Besos,

Mamá

Por cierto, Trudy es mi abuela.

Me llamo Ingrid y soy antropóloga. Vivo en Ciudad de México, pero soy natural de Barcelona, que me atrae y repele a partes iguales, con su belleza luminosa y su ruido infernal. Cuando me invade la nostalgia de mis orígenes, las imágenes que se me vienen a la cabeza de mi ciudad natal representan el atardecer en verano, cerca del mar, con graznidos de gaviotas de fondo, voces, olas que se rompen contra mis pies y un sinfín de luces de colores adornando edificios grises que de noche adquieren una nueva dimensión. Aun así, no es comparable con lo que experimenté aquí, al otro lado del Atlántico, cuando descubrí esta maravilla. Fue como si unas raíces invisibles emergiesen del suelo y se me enredaran alrededor de los tobillos, conectándome con la madre tierra en una simbiosis perfecta.

No necesité más para comprender que había encontrado mi lugar en el mundo.

No sé cómo explicarlo, ni yo misma lo entiendo, y quién sabe si la respuesta solo la conocen mis ancestros. La cuestión es que me enamoré de México –paraíso de ensueño para una antropóloga– con una pasión irrevocable. Me sedujo su aroma, mezcla de chile de árbol, pasilla y guajillo, el chisporroteo de las tortillas bañadas en aceite hirviendo, los cantos en sus más de cien lenguas, los días secos, los días húmedos, el olor a tierra mojada después de interminables semanas de lluvia, la danza que el humo del copal dibuja en el aire, el arte y el colorido que rezuman sus calles, la paz de la que me empapo cuando camino descalza sobre la arena blanca de sus playas, me sumerjo en sus aguas cristalinas o contemplo el crepúsculo bajo la sombra de un cocotero.

Pero nada de esto –que no es poco– impidió que, tras leer

el correo electrónico de mi madre, una servidora metiera en su maleta el portátil, un poco de ropa y mucha desazón –por lo que le había pasado a mi persona favorita– y tomara el primer vuelo con destino a Barcelona, dejando atrás La Roma, en el distrito de Cuauhtémoc. De hecho, aquel escueto enunciado –«No espero que vengas»– provocó justo lo contrario. Estaba estudiando un máster en la Universidad Nacional Autónoma de México y, aunque en un principio solicité permiso para continuar en la modalidad *online*, me marché sin conocer la respuesta. Todo esto sucedió antes de que un maldito virus pusiera al planeta entero en cuarentena y lo dejara patas arriba.

Me quedé tan embelesada ante la cinta transportadora que no me di cuenta de que mi maleta había pasado de largo y tuve que recorrer varios metros para recuperarla. Demasiadas horas sin dormir. Me dirigí a la puerta de salida y enseguida localicé a mi madre, que alzó la mano y la agitó en el aire. Le sostuve la mirada durante unas décimas de segundo y volví a bajar la barbilla. Seguía guapa, se conservaba bien. El porte distinguido la dotaba de una altivez mal disimulada. Sin embargo, y a pesar de que la nuestra jamás ganaría el premio a la mejor relación maternofilial, percibí la impaciencia en su expresión, y un ligero temblor de su mentón, antes de estrecharme entre sus brazos. Éramos igual de altas, la misma complejión. Confieso que a mí también me reconfortó sentirla y aspiré el aroma de su cuidado cabello casi sin querer. Olía a esencia de coco.

–Menudas ojeras –dijo mientras caminábamos.

–Apenas he pegado ojo desde que supe lo de Trudy.
¿Cómo está?

–La operación ha ido bien, pero ahora toca reposo y ya la conoces, no para. Está desanimada.

–No me extraña.

Nos subimos al primer taxi de una larga hilera y mamá le pidió al conductor que nos llevara al Hospital Clínico. Durante el trayecto, apenas hablamos. Me preguntó por Clara y por el máster y yo respondí con frases cortas y monosílabos. La conversación no fluía, se estancaba. La distancia que se había instalado entre nosotras, tiempo atrás, era de dimensiones infinitas, y no por culpa de la geografía.

Cuando Trudy me vio atravesar el umbral de la habitación, soltó un chillido casi infantil. Creí que iba a echarse a llorar, pero se contuvo, no le gustaba mostrarse débil en público. En eso –y en otras muchas cosas– siempre hemos sido idénticas. La abracé con suma delicadeza, como si temiera romperla, y le llené la cara de besos. Imagino que un nudo similar al que me apretaba la garganta oprimía la suya, porque no emitió vocablo alguno ni antes ni después de que los auxiliares la colocaran en la camilla.

Ahí estábamos las tres, juntas de nuevo, compartiendo el más indeseable de los escenarios. A medida que la ambulancia avanzaba por Sant Fructuós, giraba a la izquierda por Chopin y luego a la derecha para adentrarse en la calle de la Font Florida, mi corazón aceleraba sus latidos y yo me zambullía en una inevitable regresión a la infancia y a la pubertad. Mis momentos más felices mezclados con mis peores pesadillas en un tarro de cristal en el que rezaba FRÁGIL y NO AGITAR. Y es que la vida es como un lienzo que vamos rellenando a brochazo limpio. Las tonalidades resultantes pueden inspirar desde la tristeza más siniestra hasta la dicha más diáfana. ¿Quién no alberga en su interior algún trauma del pasado?

La tragedia marcó un antes y un después en mi existencia y se convirtió en un pesado lastre que arrastré durante años. La relación con mi madre, que pendía de un hilo,

nafragó sin remedio. Se creó entre nosotras un abismo insalvable. Y el cordón umbilical que me ataba a Trudy se fortaleció aún más, si cabe.

El vehículo se detuvo delante del enrejado por el que asomaban las buganvillas de Trudy. Mamá abrió la verja y la puerta de entrada para dar paso a los camilleros, que atravesaron el jardín y accedieron a la casa. Días antes, mi previsora madre se había encargado de redistribuir los muebles del salón, en la planta baja, y abrir el sofá cama, con el beneplácito de mi abuela, que ya sabía que durante un tiempo no podría usar la escalera para subir a su dormitorio. Los chicos la acomodaron con delicadeza entre los almohadones que nosotras ahuecamos aquí y allá, para ayudarla a buscar la postura, y abandonaron la vivienda en cuanto dieron por finalizada su labor. La pobre mujer estaba tan apagada que, cuando su mirada y la mía se cruzaban, en silencio, se me partía el alma. La presencia de mi madre daba a la atmósfera un aire gélido, como de iceberg. Trudy y yo anhelábamos que se fuera, no necesitábamos expresarlo en voz alta para saber que coincidíamos. Y, a juzgar por la frecuencia con la que había consultado su reloj de pulsera en los últimos minutos, nuestro deseo estaba a punto de cumplirse.

–Tengo que irme. –La urgencia por marcharse superaba con creces la pequeña dosis de culpa que su semblante reflejaba–. ¿Os apañaréis sin mí?

–Ve tranquila, hija.

–Mañana tengo un juicio a primera hora –se justificó, adoptando el papel de Lucía, la abogada– y me queda mucho papeleo que revisar.

–Estaremos bien –afirmé.

Recordé que yo solía llamarla «picapleitos de pacotilla» para hacerla rabiar y contuve las ganas de volver a hacerlo.

–Cualquier cosa me llamas, Ingrid.

–Que sí, mamá, no te preocupes.

En cuanto nos quedamos solas, una calidez plácida inundó el ambiente. Me recosté al lado de Trudy y apoyé la cabeza sobre su hombro. De repente, se echó a llorar. Dejé que se desahogara. Acaricié su cabello gris, largo y ondulado. Le besé la frente, las mejillas arrugadas.

–Mis temores se han hecho realidad –gimoteó.

Me costaba reconocer a esa Trudy vulnerable, desvalida como un pajarillo con las alas rotas.

–¿Qué quieres decir?

–Soy una anciana torpe y estúpida.

–A tus ochenta años es la primera vez que pasas por un quirófano, ¿qué más quieres? Has tenido siempre una salud de hierro. Ya quisieran muchas personas de tu edad estar como tú.

–Me he convertido en un trasto inútil, ¡una carga!

–Eso no es verdad y lo sabes, Trudy, o sea que deja de compadecerte de ti misma. –Me senté en el borde de la cama y clavé mis pupilas en las suyas–. La culpa es de la osteoporosis, no tuya. ¡Cosas que pasan!

–Mira que yo era reacia a lo del botón rojo y resulta que me ha salvado la vida. Mientras rodaba como un fardo, escalera abajo, creí que había llegado mi hora, que era el fin. Qué mal lo pasé, Ingrid... ¡Qué dolor!

–Ahora lo importante es que estás aquí y te vas a recuperar. Venga, ¡sonríe! –dije y luego coloqué los pulgares en un extremo de su boca y tiré hacia arriba. Ella me los apartó y frunció el ceño, pero no logró evitar que se le escapara la risa. Entonces yo también me reí.

–Cómo echaba de menos tus tonterías, mi niña.

Sus manos de piel manchada apretaron las mías.

–Lo sé, y lo siento.

–No, al contrario. Soy yo la que lamenta haberte hecho venir desde la otra punta del mundo.

–Nadie me ha obligado a nada. Yo y solo yo lo he decidido libremente –dije antes de incorporarme de un salto.

–Mírate, ¡eres toda una mujer! Esbelta, guapa. ¡Cómo te ha crecido el pelo! Me encantan tus pendientes de aro, con ese estilo tan exótico. Y tu piel tersa, bronceada. Eres tan bella... –suspiró.

–¡Venga ya! Así es como me ven tus ojos de abuela. ¿Te importa que vaya a darme una ducha y a deshacer el equipaje?

–¡Claro que no! Anda, sube. Tu habitación sigue como la dejaste, cielo.

Me dirigí a la escalera tirando de la maleta, pero antes de subir recordé algo y miré hacia atrás.

–Dijiste que tenías un andador, ¿dónde lo guardas? Mañana vendrá la fisioterapeuta y puede que lo necesites.

–Está en el desván, es el que usaba mi madre. Encontrarás la llave en mi cuarto, colgada en un clavo, junto al escritorio.

–¿Crees que estará en buenas condiciones?

–Seguro que sí, cariño. Tiene muchos años, pero es de buena calidad.

–¡Como tú! –la animé y sonreí.

Ella dio un manotazo al aire, meneó la cabeza y me devolvió la sonrisa.

Me di la vuelta de nuevo y ascendí los peldaños deprisa, aunque aminoraba el paso si la madera crujió bajo mis pies, algo que siempre me había dado respeto. La vivienda de Trudy –que también fue la mía durante unos años– es más vieja que su propia dueña, lo sé con exactitud porque en el grabado de la fachada reza su año de construcción: 1931. Es una peculiaridad que poseen todas las casas de

esa calle y me encanta. Rosa y Santiago, mis bisabuelos, la adquirieron en los años cincuenta, tras instalarse de forma definitiva en Cataluña, después de un par de décadas viviendo fuera. Santiago era ingeniero de caminos y dirigía una empresa en Castilla y León que durante la posguerra entró en crisis. No logró remontar. Más tarde recibió una buena oferta en Barcelona y no dudó en aceptarla. Se anclaron allí hasta el fin de sus días.

Trudy la heredó y la mantuvo intacta, conservó incluso la decoración más añeja: el cortinaje de tela gruesa de color verde botella, el sillón marrón de cuero y la mecedora con su cojín de ganchillo. Cada vez que yo intentaba convencerla de que, al menos, cambiásemos el tono de las paredes, me decía que no. Que perderían su energía, sus buenas vibraciones. Y, si se me ocurría comentar que se veía anticuada, me rebatía y afirmaba que lo *vintage* estaba de moda. Lo único que me gusta de esa casa son los cuadros que la adornan, porque los ha pintado Trudy, que es un pedazo de artista.

En la que fue mi habitación de los trece a los dieciocho años perduraba la esencia de mi yo adolescente. «Vaya, voy a tener que dormir encogida en este catrecito», fue lo primero que pensé. La sonrisa que los pósteres de Slipknot y Tokio Hotel avivaron en mi rostro se apagó de inmediato al contemplar las fotos de Linkin Park y recordar el suicidio del vocalista principal, Chester Bennington. Acaricié las imágenes y noté que un nudo me atenazaba la boca del estómago.

Solté la maleta y me dirigí al dormitorio contiguo, el de Trudy. «¡Esto es otra cosa!», me dije en cuanto crucé el umbral. Una colcha de tonos naranja y violeta, a juego con la lámpara de tela que colgaba del techo, cubría su cama grande –no como la mía, de tamaño infantil–. Las pare-

des exhibían un cartel del Festival de Woodstock de 1969, una lámina enmarcada de Janis Joplin y un batiburrillo de fotos clavadas con chinchetas en un panel de corcho con instantáneas de mi padre, mías, de mis bisabuelos, de mi madre con distintas edades, de los múltiples viajes de Trudy –a la India, Tailandia, Indonesia, Argentina, Bolivia, Marruecos– y, por supuesto, de Michael, mi abuelo, al que nunca conocí.

Me acerqué al escritorio y descolgué las llaves. Cuando abrí la puerta que daba acceso a la estrecha y oscura escalera que subía a la buhardilla, se me erizó la piel. Tanteé la pared, busqué un interruptor y me topé con uno que debía de ser antediluviano, a juzgar por su forma y aspecto. Muy pocas veces había subido al trastero, y nunca sola. Ascendí con lentitud de tortuga. Con cada nuevo peldaño, sentía alivio y miedo a la vez. Temía que mi pie hiciera un agujero y se hundiera en el escalón siguiente. Al llegar, la única y triste bombilla que colgaba del techo alumbraba a duras penas la estancia con una luz mortecina.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, contemplé el variopinto universo que se desplegaba ante mí. Sobre una mecedora desgastada por el uso, descansaba una muñeca con rostro de porcelana y tirabuzones rubios, vestida de época. En un rincón, medio ocultos bajo sábanas, un deslucido maniquí de costurera, un cochecito antiguo de bebé, una cuna, polvo, telarañas, más polvo. Y cajas de cartón. Montones de cajas, misteriosas y precintadas, de contenido incierto. ¡Ahí estaba el andador! Busqué un trapo, lo limpié y bajé lo más rápido que el estado de la escalerilla me permitió. Solté las llaves sobre la cama y fui al baño. «¿Y si me instalo en el cuarto de Trudy?», pensé mientras me duchaba; me pareció una idea fantástica.

Al colgar las llaves en su sitio, me fijé en algo en lo que

antes no había reparado: un montón de cuadernos del mismo tamaño y grosor apilados sobre el escritorio de mi abuela. «¿Y esto? ¿Le habrá dado por escribir sus memorias?», pensé. Abrí uno al azar y comprobé que no era su trazo. Me sorprendió la fecha: 1931, el mismo año en que se construyó la casa y se proclamó en España la Segunda República. En la etiqueta del lomo de todas las libretas se leía «Adela Cifuentes Gutiérrez». ¿Quién podía ser? Su nombre y apellidos no me sonaban de nada. De repente, tuve la sensación de que estaba tardando demasiado y me sentí culpable. Me asomé al hueco de la escalera.

–¿Estás bien, Trudy? ¡Ahora bajo!

–Sí, cariño, no te preocupes, tómate tu tiempo.

También había un atadillo de cartas sin sobres, unas escritas por el mismo puño y letra que los cuadernos y otras firmadas por una tal Julia. No entendía nada y mi curiosidad crecía por momentos. ¿A quiénes pertenecían?

Me senté en el borde de la cama y repasé aquellas páginas, leyendo líneas salteadas, aquí y allá: «Una gran masa humana se dirigía hacia la plaza de la Cibeles...». «¡Viva la República!». «... Julia y yo, arrastradas por la multitud, nos metimos por la calle de Alcalá...». Me moría de ganas de continuar, pero se estaba haciendo tarde.

Deshice el equipaje y coloqué mi ropa en el armario de Trudy. Debía ir a preparar la cena y decidir a qué hora llamaría a Clara, para no pillarla trabajando o durmiendo, por la diferencia horaria.

Corrí escaleras abajo y sorteé los dos últimos peldaños de un salto.

–¡Cuidado, niña! –Mi abuela se llevó la mano a la boca, asustada–. Si te caes tú, ¿quién cuidará de quién?

–Tranquila, sigo de una pieza. Mira, el andador. –Lo dejé

junto a la pared—. En perfecto estado, como dijiste. ¿Tienes hambre?

—No creas.

—Pero te tomarás una crema de verduras sí o sí. No es negociable.

—Si no queda otro remedio...

Seguía tristonza, pero estaba segura de que en unos días su ánimo cambiaría, puesto que ese era mi principal objetivo, además de las cuestiones prácticas y los cuidados, por supuesto.

—Quiero preguntarte un par de cosas, Trudy.

—Dispara, muchacha.

—¿Te parecería bien que me quedara en tu cuarto? Tú vas a estar aquí abajo y mi dormitorio ahora me resulta de lo más infantil.

Clavó sus ojillos vivarachos en mis pupilas y bajó la cabeza hasta que le salió doble barbilla. Sabía lo que significaba su expresión, pero esperé a que lo soltara.

—Apostaría cualquier cosa a que ya te has instalado sin mi permiso.

—Pues sí. —Apreté los labios y puse los ojos en blanco.

—¿Entonces?

—Puro trámite —respondí, alzando las manos con los codos doblados.

—¡Ay, Ingrid! Eres tremenda. ¿Y la otra cuestión?

Cogí un taburete, lo acerqué a su cama y me senté.

—¿Quién es Adela Cifuentes Gutiérrez? —pregunté, remarcando aquel nombre y aquellos apellidos y mirándola fijamente, sin pestañear.

A Trudy se le transformó el semblante. Palideció. Comprendí de inmediato que aquellos cuadernos eran importantes para ella. Permaneció callada unos instantes. Luego desvió la mirada.

–¿En serio has curioseado entre mis cosas? ¡No me lo puedo creer! –dijo en tono irónico.

–Ya me conoces, Trudy. Además, hay confianza, ¿no?

–Adela es una vieja amiga de la familia. Murió hace años, la pobre, y quiso que yo conservara su diario personal –aclaró evasiva.

–¿Me dejarás leerlo?

–¿Serviría de algo que te dijera que no? –añadió, alzando la barbilla.

No respondí, no hacía falta. Durante unas décimas de segundo nuestras miradas se enfrentaron, desafiantes. Acto seguido, me incorporé y dirigí mis pasos hacia la cocina.

Comencé a leerlos esa misma noche.

2

Sábado, 11 de abril de 1931

Mi tía Encarna me regaló una vez unos cuadernos en blanco y una pluma estilográfica. Me dijo:

–Toma, cariño, para que anotes tus secretos y le proporciones alivio a la opresión de tu alma.

Le dije que yo no tenía secretos. Ella insistió con una especie de ternura triste:

–Los tendrás, todas los tenemos.

Yo me encogí de hombros, sin entender.

Hasta hoy.

Hoy sus palabras han cobrado sentido. Hoy necesito liberar mis sentimientos, desahogarme, escupir lo que llevo dentro, aunque sea por escrito y no de viva voz, porque en esta casa mi opinión no cuenta. Mi familia hace y deshace sin consultarme y, encima, pretende que acate sus órdenes sin rechistar.

¿Acaso soy una esclava? Por lo visto, sí.

Mi nombre es Adela Cifuentes Gutiérrez y me quiero morir. O mejor dicho: ya estoy muerta. Mi vida se ha acabado con solo dieciocho años.

El país anda revuelto, pero me da igual. A mí lo único que me importa es que don Enrique y doña Elvira, que, además de unos especímenes en vías de extinción moldeados a la vieja usanza, también son mis padres, han decidido que me case con Alberto, el hijo de unos amigos a los que ni siquiera conozco. ¿No es increíble?

Dentro de una semana nos visitará, acompañado por los suyos, y el compromiso se hará oficial.

–Si no te gusta puedes rechazarlo –ha dicho madre y a continuación ha añadido–: Pero ten en cuenta que es un hombre con clase, de buen apellido. Se dedica a la contabilidad, ¿sabes? Es perfecto para ti. Estás a punto de heredar el negocio que con tantos sudores y lágrimas hemos sacado adelante tu padre y yo y necesitas el respaldo de un marido, como es natural. Eres toda una mujer, con edad de sobra para formar una familia. Adelita, mi niña, no llores. Vas a ser muy feliz, ¡ya lo verás!

Se ve que hemos retrocedido a la Edad Media y debo casarme con quien ellos elijan. Ellos, no yo. Porque, al fin y al cabo, ¿quién soy yo?

–Una niñata tonta y consentida que no sabe nada de la vida. –Eso ha concluido padre–. La culpa la tienes tú, por malcriarla –le ha dicho a madre, que ha dado un respingo, sin atreverse a replicar, antes de que él saliera dando un portazo.

Ella ha intentado acercarse a mí con un tímido «Queremos lo mejor para ti». Yo la he mirado con odio y he corrido a encerrarme en mi dormitorio.

No es justo, ¡no es justo!

Padre es de los que creen que una mujer no es nadie sin un hombre al lado. Y desde luego madre no es capaz de dar un paso sin él. Son mayores. Nací cuando no les quedaba esperanza alguna de tener descendencia, después de veinte frustrados años de matrimonio, y puedo comprender que sus ideas sean un tanto prehistóricas, pero jamás sospeché hasta qué punto. Cuando se lo cuente a mi prima, va a montar en cólera, ¡con lo liberal que es! Julia, a sus veintiún años, anda siempre metida en asuntos de política que se escapan a mi enten-

dimiento y afirma que está a punto de proclamarse una república. Cuando madre la oye, se persigna y murmura «Dios no lo quiera».

Madre adora a Julia y Julia adora a madre, a pesar de sus desacuerdos. Sin embargo, padre no puede ni verla, dice que es una mala influencia para mí. De hecho, la relación entre mi padre y su cuñada, por la que yo siento verdadera locura, nunca ha sido buena. A mi tía Encarna la abandonó su marido antes de que naciera Julia y la ha criado sola. Es una mujer admirable, resolutiva, independiente. Conceptos ajenos al entender de mi anticuado padre.

Sí que debe de ser cierto que algo gordo está a punto de suceder, porque hay elecciones municipales, padre está de los nervios, fumando puro tras puro, y tanto él como madre llevan días con la radio encendida, atentos a cualquier novedad.

En la calle se respiran aires de revolución. La gente está cansada de someterse a los caprichos de una monarquía que favorece solo a la aristocracia, harta de represión, hambrienta de libertad, sedienta de modernidad. «España vive anclada en el pasado, estancada, atrapada en unos ideales caducos –dice Julia–. Basta ya de tanto despotismo y oligarquía». A mí la política me aburre. Quizá sea tan importante como afirma mi prima, pero ¿qué voy a hacer yo para cambiar el rumbo de la historia, si no puedo modificar ni el de mi propio destino? Julia siempre proclama que todos, ¡yo también!, debemos aportar nuestro granito de arena para hacer de este un país libre. En fin, lo que tenga que ser será, con o sin mi ayuda. ¡Bastante tengo yo con lo mío!

No paro de pensar en ese tal Alberto. Seguro que es un estirado, un pretencioso. ¿Qué voy a hacer, Dios mío?

Desearía salir corriendo, escapar, desaparecer sin dejar rastro. Mi prima dice que no ha nacido el hombre capaz de hacerla entrar en vereda. No piensa casarse jamás y mucho menos por la Iglesia. No le tiene miedo a nada ni a nadie. Pero yo no soy Julia, ¡ya me gustaría!

Domingo, 12 de abril de 1931

Esta mañana, en cuanto bajé de la cama, percibí que una enorme tensión contaminaba la atmósfera hogareña. Madre lloriqueaba, padre farfullaba y ambos permanecían pendientes del sonido radiofónico y de la voz del locutor. Yo me he limitado a observar en silencio, sin atreverme a preguntar. Las expresiones de sus semblantes no presagiaban nada bueno. Sin embargo, cuando nos dirigíamos a la panadería, he sentido lo contrario.

Madrid ha amanecido distinto hoy. Hay un ambiente festivo. Emilio, el de la frutería de al lado, descargaba la mercancía con una sonrisa de oreja a oreja y nos ha dado los «Buenos días» con entusiasmo. Madre le ha respondido tan cortés como escueta.

El quiosco de la esquina de Marqués del Duero con Recoletos estaba abarrotado de titulares que vaticinaban el triunfo de la República. Tal fue el brusco tirón de brazo que me propinó doña Elvira, que me quedé a medias leyendo los enunciados, pero me moría de curiosidad, o sea que en un descuido suyo me escapé a comprar el *Heraldo de Madrid*, con la esperanza de que más tarde Julia me aclarase algunas cuestiones. En nuestra panadería no se comentaba otra cosa. La mayoría de las clientas parecían tan consternadas como madre, pero no todas. Claro que las hemos atendido por igual. Padre siempre dice que el dinero no tiene ideales ni religión. El dinero es dinero y punto.

Lunes, 13 de abril de 1931

Hoy ha venido Julia. Madre la ha hecho pasar a la habitación, como de costumbre. Yo ardía en deseos de contarle mis penas, pero su actitud me ha frenado. La he visto tan eufórica, tan locuaz. Que si la República esto, que si la República lo otro. Que si el rey se va a tener que largar por las buenas o por las malas. Que si a partir de ahora viviremos en un país libre y moderno... Me ha costado horrores interrumpir su discurso político. Hablaba y hablaba sin que yo pudiera entender casi nada.

Al final, durante una breve pausa de su monólogo, le he contado lo de mi compromiso con Alberto de sopetón, haciendo hincapié en lo desgraciada que soy. Pensaba que me estrecharía entre sus brazos, que me consolaría y buscaríamos, juntas, una solución. No ha sido así. Me ha mirado con ojos desorbitados y ha dicho:

—¿Es que no puedes ver más allá de tu propio ombligo? ¡Ha vencido la República, Adela! Es un gran acontecimiento para España, un momento histórico, una victoria sin precedentes, ¿y a ti solo te preocupa ese estúpido novio que tus padres te han buscado? ¡Pues no lo aceptes! Nadie puede obligarte a nada, somos libres, ¡libres! Crece de una vez y toma tus propias decisiones, ¿a qué esperas? ¡Hazlo! Lucha por lo que quieres.

—No es tan fácil para mí, ¿sabes?

—Nada es fácil para nadie, Adela, pero tu vida es tuya. Ya no eres una niña, no tienes por qué hacer todo lo que te pidan tus padres. ¡Rebélate!

—¿Y cómo demonios voy a hacer eso? ¡Yo no soy como tú!

Se me ha quebrado la voz y me he echado a llorar como una tonta. En ese instante padre ha irrumpido en la estancia sin llamar ni pedir permiso.

—¿Qué pasa aquí? —ha gritado—. ¡Deja a mi hija en paz!
Julia se ha plantado delante de él, con la cabeza bien alta, y le ha soltado:

—¡Viva la República!

Yo me sentía como una idiota y, entre hipidos, he visto que padre enrojecía hasta las orejas. Entonces ha alzado la mano como para darle una bofetada, pero se ha echado atrás en el último segundo. Y ella erguida, sin mover ni un músculo, desafiante. Al final todo ha quedado en un «¡Sal de mi casa y no vuelvas!». Julia ha cumplido la orden sin dilación.

—¡Y tú cálmate de una vez! —me ha dicho—. ¡Entre tu madre y tú vais a volverme loco! No quiero que veas a tu prima nunca más, ¿me oyes? ¡Nunca! Es una maleducada con la cabeza llena de pájaros y discursos revolucionarios.

Semejante sermón no ha hecho más que acentuar mi llanto. Me he echado de bruces sobre la cama y padre ha cerrado la puerta con tanta furia que por poco la echa abajo.

¿Qué más me puede pasar? Después de no sé cuántas horas he reunido el valor necesario para incorporarme y acercarme a madre, que escuchaba la radio con gesto grave. Me he acurrucado a su lado, en el sofá, y ella me ha abrazado. El locutor explicaba que los periodistas le habían preguntado a un tal Aznar-Cabañas, nada más entrar en el Palacio de Oriente de Madrid esa misma mañana, si habría crisis de Gobierno. A lo que él, un tanto sorprendido por una pregunta cuya respuesta resultaba tan evidente, había contestado: «¿Que si habrá crisis? ¿Qué más crisis desean ustedes que la de un país que se acuesta monárquico y se despierta republicano?».

Martes, 14 de abril de 1931

La Segunda República española se ha proclamado oficialmente. Padre está de un humor de perros. Madre ha dejado de llorar, pero hoy, por primera vez en treinta años, las persianas de su panadería han permanecido echadas a pesar de ser laborable. Es como si estuviéramos de luto.

A primera hora de la tarde, sumida en la melancolía que siento desde hace días, me he quedado pasmada mirando a través de la ventana de mi habitación. Había un tremendo ajeteo en la calle. De repente, he reparado en la presencia de mi prima entre la muchedumbre. Julia, como si hubiera percibido mis ojos clavados en su nuca, ha alzado la cabeza, ha sonreído y ha lanzado manotazos al aire, en un explícito gesto que me invitaba a bajar.

«¡Ya no está enfadada!» me he dicho con alivio mientras le hacía señas para que me esperara. Me he puesto la chaqueta y los zapatos en un santiamén y, tras coger el bolso, he salido del cuarto con resolución, inventando a marchas forzadas una mentirijilla piadosa. Con un padre ausente y una madre distraída no ha sido tan difícil.

–Voy a acompañar a doña Aurora a misa –le he dicho.

Como nuestra vecina, tan anciana, no anda muy fina, en el caso improbable de que le pregunte y no sepa de qué va, a madre no le extrañará. Ella, con la mirada perdida, ha respondido:

–Está bien, pero ve con cuidado y huye de los altercados. El mundo se ha vuelto loco, hija.

He intentado correr escaleras abajo, pero, entre los tacones y la falda de tubo, me las he visto y deseado. Ahí estaba Julia, mi Julia, ¡qué alegría volver a verla! Vestía pantalones, camisa y calzado plano. Me ha abrazado sin

mediar palabra, me ha agarrado de la mano y ha tirado de mí. Yo no sabía adónde íbamos, pero enseguida me he dado cuenta de que no estábamos solas. Le he preguntado quiénes eran esas personas.

—El pueblo, Adela, el pueblo. La gente normal: obreros, jornaleros, artesanos, empleadas de la fábrica textil, estudiantes. Es una fiesta popular, una fiesta revolucionaria para celebrar la victoria de la República. El movimiento ha empezado a primera hora de la mañana en Éibar, un municipio de Guipúzcoa, y se ha ido extendiendo al resto de España.

Una gran masa humana se dirigía hacia la plaza de la Cibeles. Hemos llegado justo a tiempo de presenciar cómo unos funcionarios socialistas izaban una bandera en lo alto del edificio de Correos y Telégrafos. La bandera era de tres colores: rojo, amarillo y morado. Julia se ha puesto a aplaudir con fervor, ella y la mayoría de los allí congregados. Después se ha tapado la boca con las manos y se le han llenado los ojos de lágrimas. Ha sido tanta su emoción que me ha contagiado. He sentido que el corazón me palpitaba con una intensidad desconocida.

—¡Viva la República! —han clamado al unísono.

Un desconcertante cosquilleo me ha recorrido la columna vertebral, ahora comprendo por qué se enfadó tanto ayer mi prima. Esto es algo grande. Esto es algo inmenso.

Cada vez se concentraba más gente en la plaza, y Julia y yo, arrastradas por la multitud, nos hemos metido por la calle de Alcalá para dirigirnos a la Puerta del Sol con todos los demás.

—¡Corre, Adela! ¡Dicen que está Manuel Azaña! —me ha apremiado Julia.

–¿Quién? –he respondido a voz en grito.

Era imposible comunicarse de otra forma en medio de tal algarabía.

–¡Manuel Azaña, el líder del Grupo de Acción Republicana! ¡Corre!

Y hemos corrido como locas. En efecto, allí estaba, asomado al balcón del Ministerio de la Gobernación, saludando a un público enfebrecido.

Ha sido impresionante. La experiencia más intensa y conmovedora de mi vida. Estoy agotada, entusiasmada, confusa... y tan excitada que dudo que logre pegar ojo esta noche.